

ECOS CONCILIARES

«NUESTRO HOMBRE ES PEDRO»...

La fiesta de mañana—con su específica temática del **tu es Petrus** del evangelio—evoca en nuestro ánimo la reciente visita de Pablo VI a Ginebra, con su histórico encuentro con los “hermanos separados” en la Sede del Consejo Ecuménico de las Iglesias.

No ha mucho leí por no sé dónde una frase—¡es tanto lo que hoy se escribe!—que me hizo rumiarme un buen rato: “¿Qué le pasa a la Iglesia de hoy?... a la Iglesia de hoy no le pasa nada; lo que pasa es que ante la Iglesia de hoy **pasa el Espíritu Santo**”...

Ya sé, lector, que la frase lleva en sí una buena carga de retórica. Pero hechos y acontecimientos tan humanamente inexplicables como es la reciente visita del Obispo de Roma a la ciudad de Calvino y de Rousseau, que toda ella es un símbolo viviente del anti-romanismo, de cisma y de división ideológico-cristiana, no dejan de hacer reflexionar sobre el momento actual de la Iglesia, profético y carismático, conducido ciertamente por el Espíritu del Señor por senderos para nosotros difíciles de entender, pero hacia fines por El muy conocidos y providencialmente predestinados y escogidos.

Entre las diversas actividades del Papa en Ginebra—jornada materialmente agotadora, en la que tuvo que pronunciar unos veinte discursos—la más humanamente inexplicable, a la vez que profundamente emotiva, fue su presencia en la Sede del Consejo Ecuménico de las Iglesias, que el mismo Pablo VI calificó de “momento profético, aurora de un día futuro y ansiado después de siglos”...

“Su venida a este lugar—así se expresó el Secretario General de la Organización Ecuménica, Carson Blake—es un signo del progreso del movimiento ecuménico, por medio del cual Cristo está reunificando su Iglesia en este siglo... La visita que Su Santidad realiza hoy a esta casa es significativa porque proclama ante toda la Iglesia y ante todo el mundo que el movimiento ecuménico marcha cada vez más amplia y profundamente hacia la unidad y la renovación de la Iglesia de Cristo según su voluntad. Dentro de poco, cantaremos y rezaremos en común; que esta plegaria al Padre haga que todos sus fieles servidores estén cada vez más dispuestos a seguir y a obedecer a los impulsos del Espíritu Santo por Jesucristo nuestro Señor”.

Pero lo más admirable fue la actitud noble, serena y tranquila del Papa ante la gran Asamblea Ecuménica, representada por una heterogénea multitud de comunidades cristianas, pronunciando palabras lúcidas y seguras, llenas de amor y de comprensión hacia los “hermanos separados”, pero conscientes y reveladoras de la misión carismática que de Cristo ha recibido el Obispo de Roma, como principio y centro de la unidad de “un solo rebaño con un solo pastor” (Jn. 10, 16). Con extremada delicadeza, pero con claridad y solera bíblica y sin ceder a fáciles ni cómodos irenismos, expuso el Papa ante la Asamblea Ecuménica la clásica y tradicional doctrina patrística del **ubi Petrus, ibi Ecclesia**: “donde está Pedro, allí está la Iglesia”...

“Hémos aquí, ante vosotros—empezó diciendo Pablo VI—: **Nuestro nombre es Pedro**. La Escritura nos dice el

sentido que Cristo quiso atribuir a este nombre, los deberes que nos impone: las responsabilidades del apóstol y de sus sucesores”...

El impacto que tales palabras producirían en el ánimo de los oyentes—todos ellos muy conocedores de la Biblia—nos será fácil de adivinar si leemos y meditamos el evangelio de mañana, festividad de los apóstoles Pedro y Pablo, donde el mismo Jesús explicita el sentido y alcance que quiso dar a las palabras evocadas aquí por Pablo VI, sucesor de Pedro en el Pontificado Romano.

Quiso todavía el Pontífice explicar su contundente y valiente afirmación, acudiendo a otras metáforas bíblicas referentes al oficio y misión que Jesús quiso confiar al apóstol Pedro, cuya herencia de pastorear el rebaño de Cristo con tesón han vindicado siempre los Pontífices Romanos. “Dejadnos recordar también otros nombres que el Señor quiso dar a Pedro para significar otros tantos carismas. Pedro es pescador de hombres. Pedro es pastor. Por cuanto a nosotros concierne, estamos convencidos de que el Señor nos ha dado, sin mérito alguno por nuestra parte, un ministerio de comunión. Ciertamente no nos ha concedido este carisma para aislarnos de vosotros, ni para excluir entre nosotros la comprensión, la colaboración, la hermandad, la recomposición en la unidad, sino para dejarnos el precepto y el don del amor, en la verdad y la humildad (cfr. Ef. 4, 15; Jn. 13, 14). Y el nombre que hemos tomado, el de Pablo, indica bastante la orientación que hemos querido dar a nuestro ministerio apostólico”...

Sin duda que—si bien en tono sincero y dramático no ha dejado de reconocer el Papa que la “cuestión de la participación de la Iglesia católica en el Consejo Ecuménico no está todavía madura”—con este encuentro personal con los hermanos separados se ha puesto fuertemente el pie en el acelerador ecumenista, estimulando una mayor colaboración con las diversas iglesias cristianas, con el fin de ahondar en la reflexión teológica sobre la unidad de la Iglesia, continuar en la búsqueda de una mayor comprensión del significado del culto cristiano, anhelando todos, según expresión del Patriarca Atenágoras, el “día venturoso y feliz de poder celebrar una Eucaristía en común”...

El acto final de la “oración en común” que se tuvo por toda la Asamblea Ecuménica, recitando todos una el Padrenuestro, fue de tanta emotividad que, de mi parte, dí por muy bien compensada la “escapada” que me permití de la importante reunión que en aquella misma hora—5 de la tarde del martes, día 10—se tenía en nuestro convento del Carmen de los sacerdotes y religiosos de nuestra Ciudad, presidida por el Sr. Obispo, para presenciar la escena de Ginebra mediante la imagen que nos ofreció Eurovisión...

Sí: “**Tú eres Pedro**—te lo repetirá mañana el mismo Cristo en el evangelio—: y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y los poderes del infierno no le resistirán”...